

PARTE I. verle en su palacio de Alcalá de Henares; pero como aquel soberbio prelado, lejos de estimar esta atención, contestó, que "si la reina entraba por una puerta, él se saldría por la otra," no consideró prudente comprometer su dignidad con nuevos pasos.

Ejército castellano. Por la extraordinaria diligencia de Isabel, así como de su marido, se vió éste á principios de Julio á la cabeza de un ejército compuesto de cuatro mil hombres de armas, ocho mil ginetes y treinta mil peones, aunque de milicia sin disciplina, sacada principalmente de las montañas del Norte, que desplegaron singular adhesión á su causa; pues sus partidarios del Mediodía estaban ocupados en impedir la rebelión interior y en hacer algunas entradas por las fronteras de Portugal ¹⁶.

Fernando marcha contra Alfonso. Entre tanto Alfonso, después de haberse detenido sin fruto cerca de dos meses en Arévalo, marchó sobre Toro, cuya ciudad le entregó el gobernador en virtud de tratos que tenían de antemano; pero el castillo continuó haciendo brava defensa, al mando de una mujer. Cuando Alfonso estaba ocupado en reducirle, recibió la promesa de sumisión de la inmediata ciudad y castillo de Zamora. Fernando sintió sobremanera la pérdida de estas plazas, que eran dos de las más considerables de la provincia de Leon, y muy importantes para el rey de Portugal por estar próximas á su reino; y determinó avanzar inmediatamente contra su rival, y encomendarse al éxito de una batalla, obrando en esto contra los consejos más prudentes de su padre, que le recomendaba la política, comunmente tenida por más acertada para un país invadido, de estar á la defensiva, en vez de aventurarlo todo al trance de un solo combate.

Le desafia á singular combate. Llegó Fernando delante de Toro á 19 de Julio, é inmediatamente sacó su ejército á la vista de la ciudad en orden de batalla. Pero como el rey de Portugal no quería salir de sus reparos, Fernando envió á su campamento un heraldo, desafiándole á que saliera á batalla con todo su ejército, ó proponiéndole, si no, que decidieran sus diferencias en singular combate. Alfonso aceptó la última proposición; mas por una disputa que se originó acerca de las seguridades que se

¹⁶ Carvajal. Anales, MS., año 75.— p. 411.—Bernaldez, Reyes Católicos, Pulgar, Reyes Católicos, pp. 45, 55.— MS., cap. 23. Ferreras, Historia de España, t. VII,

habían de dar para el cumplimiento del compromiso por una y otra parte, vino á reducirse todo, como solía suceder, á una vana ostentación caballeresca. CAP. V.

Los castellanos se retiran desordenadamente. El ejército castellano, por la premura con que se había formado, carecía enteramente de artillería gruesa y de otros ingenios para batir á una ciudad fortificada; y como se hallaban interceptadas sus comunicaciones, porque las fortalezas inmediatas estaban en poder del enemigo, se vió luego aquejado de falta de mantenimientos. En su consecuencia se decidió en un consejo de guerra retirarse sin más tardanza. Apenas se supo esta determinación, se derramó un disgusto general en todo el campo. Los soldados murmuraban altamente acusando á los nobles de traidores al rey; y una partida de vizcaínos, leales con exceso, irritados por las sospechas de que se conspiraba contra la persona del príncipe, se arrojaron á la iglesia en donde Fernando estaba conferenciando con los oficiales, y sacándole en brazos del círculo de ellos le llevaron á su tienda, no obstante las reiteradas esplicaciones y amonestaciones del rey. La retirada que se emprendió se hizo con tanto desorden por la soldadesca amotinada, que si Alfonso hubiera salido, dice un contemporáneo, con dos mil caballos solamente, podía haber derrotado y acaso destruido todo el ejército. De las tropas algunas se destacaron para reforzar las guarniciones de las ciudades fieles, pero la mayor parte se dispersaron en sus montañas nativas. El castillo de Toro capituló poco después. El arzobispo de Toledo, considerando estos sucesos como decisivos de la suerte de la guerra, fué á juntarse ya públicamente con el rey de Portugal á la cabeza de quinientas lanzas, vanagloriándose de que "él había sacado á Isabel de hilar, y la enviaría á tomar otra vez la rueca ¹⁷."

Un principio de campaña tan desastroso podía ciertamente llenar el corazón de Isabel de terrible amargura. Las revoluciones, tan comunes antes en Castilla, habían hecho vacilar de tal modo á todos en sus principios políticos, y estaban tan poco arraigados los de fidelidad

¹⁷ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., Crónica del rey Alfonso V, cap. 179.— cap. 18.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, pp. 398 á 400.—Pulgar, La Clede, Historia de Portugal, t. III, p. 366.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 240 á 243.

PARTE I. aun en los mas leales, que no era fácil calcular hasta qué punto podrían quebrantarse por un golpe tan terrible en tales circunstancias¹⁸. Felizmente Alfonso no se hallaba en estado de aprovecharse de la victoria. Sus parciales de Castilla habian encontrado mil dificultades para llevar á sus vasallos en favor de la causa portuguesa, y lejos de suministrarle los contingentes que esperaba, tuvieron bastante que hacer en la defensa de sus territorios contra los partidarios de Isabel. Al propio tiempo penetraban en Portugal numerosos escuadrones de caballería ligera de Estremadura y Andalucía, causando la mas espantosa desolacion en toda la línea de las fronteras descubiertas de aquel reino. La caballería portuguesa se quejaba en alta voz de que la tenian encerrada en Toro, cuando su propio país era teatro de la guerra; y Alfonso se vió en la precision de separar una parte tan considerable de su ejército, para la defensa de sus fronteras, que imposibilitó enteramente sus futuras operaciones. Y en efecto, tanto le hicieron conocer estas circunstancias la dificultad de su empresa, que en una negociacion entablada entonces con los reyes de Castilla se manifestó dispuesto á renunciar á sus pretensiones á la corona, si le cedian la provincia de Galicia, juntamente con las ciudades de Toro y Zamora, y una considerable suma en dinero. Se dice que Fernando y sus ministros hubieran aceptado esta proposicion; pero que Isabel, aunque se avenia al pago del dinero, no quiso consentir en desmembrar ni una pulgada del territorio de Castilla.

Entre tanto, así la reina como su marido, sin desmayar por los pasados reveses, no perdonaban medio ni diligencia para reorganizar el ejército y ponerle bajo un pié mas poderoso. Para llevar á cabo este objeto habia necesidad de reunir fondos, porque el tesoro del rey Enrique, que les habia entregado Andrés Cabrera en Segovia, se habia consumido en las operaciones precedentes¹⁹. El anciano rey de

18 "Pues no os maravilleis de eso (dice Oviedo con relacion á estas turbaciones), que no solo entre hermanos suele haber esas diferencias, mas entre padre é hijo lo vimos ayer, como suelen decir." *Quincuagenas*, MS., batalla 1, quinc. 2, diál. 3.

19 Se encontraron en las arcas rea-

les como diez mil marcos de plata (*Pulgar*, *Reyes Católicos*, p. 54). Isabel hizo á Cabrera el presente de una copa de oro de su mesa, mandando que se hiciera igual obsequio á él y á sus sucesores en cada aniversario de la entrega de Segovia. Posteriormente le dió un testimonio mas positivo de su grati-

Aragon les aconsejó que imitasen á su antepasado Enrique II, de gloriosa memoria, haciendo liberales dádivas y enajenaciones en favor de sus súbditos, que podrían rescatar como quisieran cuando estuviesen mas asegurados en el trono. Pero Isabel prefirió confiarse al patriotismo de su pueblo, antes que recurrir á un stratagemata tan indigno. En su consecuencia, convocó las córtes para el mes de Agosto en Medina del Campo; y como la nacion habia quedado muy empobrecida en el anterior reinado, y no podia soportar nuevas contribuciones, se discurrió un medio extraordinario para reunir los fondos que se necesitaban: se propuso que se entregara al real tesoro la mitad de la plata perteneciente á las iglesias de todo el reino, la cual habria de redimirse en el término de tres años por la cantidad de treinta cuentos de maravedises. El clero, que por lo general era adicto á la causa de Isabel, lejos de oponerse á esta temible proposicion, procuró vencer la repugnancia que causaba á la misma reina, con argumentos y oportunas autoridades de la Escritura. Este hecho presenta ciertamente un grado de desprendimiento en los eclesiásticos, muy raro en aquella época y en aquel país, y una noble confianza en la buena fe de Isabel, de la cual ésta se mostró digna por la puntualidad con que redimió su empeño²⁰.

Provistos así de los fondos necesarios, los reyes principiaron á sacar nuevas levadas, y á ponerlas con mejor disciplina y con pertrechos mas adecuados para la guerra que los que tuvo el ejército anterior. Lo restante del verano y el siguiente otoño se emplearon en estos preparativos, así como en poner las plazas fuertes en mejor estado de defensa, y en rendir las que se habian declarado en contra. Durante

tud, elevándole á la clase de marqués de Moya y dándole estados proporcionados á su nueva dignidad.—*Oviedo*, *Quincuagenas*, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 23.

20 La indignacion del doctor Salazar de Mendoza se exalta por esta distraccion del dinero de la Iglesia, que asegura que "ninguna necesidad de ninguna especie puede justificar." Este buen canónigo floreció en el siglo xvii (*Cró-*

nica del Gran Cardenal, p. 147.)—*Pulgar*, *Reyes Católicos*, pp. 60, 62.—*Faria y Sousa*, *Europa portuguesa*, t. II, p. 400.—*Rades y Andrada*, *Las Tres Ordenes*, parte 1, fol. 67.—*Zurita*, *Anales*, t. IV, fol. 243.—*Bernaldez*, *Reyes Católicos*, MS., cap. 18, 20). Zúñiga da algunos pormenores mas acerca del otorgamiento de las córtes, que no hallo comprobados en ningun otro autor contemporáneo. *Anales de Sevilla*, p. 372.

PARTE I. todo este tiempo el rey de Portugal permaneció con sus fuerzas amonadas en Toro, sin que hiciera mas que una salida en auxilio de sus partidarios, la cual le salió frustrada por la esquisita vigilancia de Isabel.

A primeros de Diciembre pasó Fernando del sitio de Burgos, ciudad de Castilla la Vieja, á Zamora cuyos habitantes manifestaron deseos de volver á su antigua obediencia, y con auxilio de ellos y de un gran destacamento de las tropas mejores del ejército, se preparó para atacar al castillo. Como la posesion de este punto habia de interceptar las comunicaciones de los portugueses con su país, determinó Alfonso socorrerle á toda costa, y al efecto despachó un enviado á Portugal encargando á su hijo el príncipe D. Juan que acudiera sin tardanza á reforzarle con toda la gente que pudiese levantar. Todos esperaban ya con ansia que una batalla general pusiera término á los males de esta larga guerra.

El príncipe portugués, habiendo reunido con trabajos un cuerpo de ejército que ascendia á dos mil ginetes y ocho mil infantes, tomando un rodeo al Norte por Galicia, se reunió con su padre en Toro, á 14 de Febrero de 1476. Alfonso, viéndose reforzado, envió un manifiesto jactancioso al Papa, al rey de Francia, á sus dominios y á sus parciales de Castilla, en que publicaba que iba á prender inmediatamente al usurpador, ó arrojarle del reino. En la noche del 17, despues de haber atendido á la seguridad de la poblacion dejando en ella una poderosa reserva, sacó Alfonso el resto de su ejército, que no escedia en mucho de tres mil quinientos caballos y cinco mil infantes, bien pertrechados de artillería y de arcabuces, máquina que era aun de construccion tan tosca y pesada que no habia sustituido todavía á las antiguas armas de guerra en Europa. El ejército portugués atravesó el puente de Toro, y continuando su marcha por la orilla meridional del Duero, llegó antes de amanecer á Zamora, que dista solo algunas leguas²¹.

Llega el rey de Portugal delante de Zamora.

1176.

21 Carvajal, Anales MS., años 75, 156.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, pp. 401, 404. Varios historiadores castellanos contemporáneos hacen llegar el ejército portugués al doble de lo que se pone en el testo.
—Ruy de Pina, Crónica del rey Alfonso V, cap. 187, 189.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS, capítulos 20, 22.
—Pulgar, Reyes católicos, pp. 63, 78.
—L. Marineo, Cosas memorables, fol.

Al rayar el dia los castellanos se hallaron sorprendidos con la vista de multitud de banderas desplegadas y de armaduras militares, que resplandecian á los rayos del sol, en la parte opuesta del rio, al mismo tiempo que las descargas de la artillería les anunciaron de un modo aun menos dudoso la presencia del enemigo. Fernando casi no podia creer que el rey de Portugal, cuyo evidente objeto habia sido socorrer al castillo de Zamora, hubiera elegido una posicion tan desventajosa para su propósito. La mediacion del rio entre él y la fortaleza, situada al extremo del Norte de la ciudad, le impedia auxiliarla, ya fuese introduciendo socorros, ó ya molestando á las tropas castellanas, que atrincheradas con seguridad, relativamente á las suyas, dentro de los muros y casas de la poblacion, podian desde algunas posiciones elevadas, bien fortificadas con artillería, causar mucho mas daño á sus contrarios, que recibirle. Todavía los soldados de Fernando, espuestos á los dos fuegos del castillo y de los sitiadores, hubieran querido venir á batalla con los últimos; pero el rio, crecido con las avenidas de invierno, no se podia vadear, y el puente, única entrada recta á la ciudad, estaba enfilado por la artillería del enemigo de tal modo que era del todo imposible la salida por aquel camino. Durante este tiempo, los ginetes del ejército de Isabel recorrían las cercanías del campamento de los portugueses, les interceptaban los viveres, y no tardaron en reducirlos á gran penuria de mantenimientos. Esta circunstancia, y las noticias que tuvieron de que adelantaban rápidamente nuevas fuerzas en apoyo de Fernando, determinaron á Alfonso, cuando menos se esperaba, á retirarse de priesa; y en su consecuencia por la mañana del dia 1.º de Marzo, cuando no habian transcurrido aun quince dias desde que dió principio á este vano alarde, el ejército portugués abandonó su posicion de enfrente de Zamora con el mismo silencio y celeridad con que la habia ocupado.

Elige una posicion muy desventajosa.

Levanta su campo repentinamente.

Las tropas de Fernando hubieran salido inmediatamente al alcance de los fugitivos, pero éstos antes de partir habian cortado la punta meridional del puente, de manera que aunque pasaron al instante unos pocos en barcas, el cuerpo principal del ejército se vió obligado á detenerse hasta que se hubo concluido la reparacion, en la cual se emplearon mas de tres horas. Así, aunque pusieron toda la diligencia imaginable, y dejaron atras la artillería, no lograron alcanzar al enemigo hasta cerca de las cuatro de la tarde, en ocasion que desfilaba

PARTE I. por un paso estrecho formado entre una cordillera de montañas escarpadas por un lado y el Duero por el otro, á distancia de unas tres leguas de Toro ²².

Es alcanzado por Fernando.

Se celebró entonces consejo de guerra para decidir si convenia atacar al momento. A esto se objetaba que la fuerte posicion de Toro podia cubrir perfectamente la retirada de los portugueses, en caso de ser derrotados; que serian reforzados en el acto con tropas de refresco de aquella ciudad, lo cual les daria ventaja sobre el ejército de Fernando, cuyos soldados estaban cansados por una marcha penosa y muy precipitada, que traian sin descansar desde la mañana; y que la celeridad con que venian les habia obligado no solo á abandonar la artillería, sino tambien á dejar en la retaguardia una parte considerable de la infantería pesada. No obstante la fuerza de estas objeciones, era tal el espíritu de las tropas y su ardor por pelear, exaltado con la vista de la presa, que despues de una marcha tan trabajosa parecia que iba á caer en sus manos, que se tuvo esta disposicion por mas que suficiente para compensar cualquiera desventaja física, y la cuestion sobre dar la batalla se decidió por la afirmativa.

Batalla de Toro.

Al salir el ejército castellano del desfiladero á una llanura ancha y despejada, hallaron que el enemigo habia hecho alto, y estaba formando en orden de batalla. El rey de Portugal mandaba el centro; el arzobispo de Toledo el ala derecha, apoyando su extremo en el Duero, y la izquierda, que comprendia los arcabuceros y la fuerza principal de caballería, estaba al mando del príncipe D. Juan. La fuerza numérica de ambos ejércitos, aunque se inclinaba algo en favor de los portugueses, era casi igual, y ascendia próximamente por cada lado á menos de diez mil hombres, de los cuales habia una tercera parte de caballería. Fernando se colocó en el centro enfrente de su rival, teniendo á su izquierda al almirante y al duque de Alba; y su ala derecha, distribuida en seis batallones ó divisiones, á las órdenes de sus diversos comandantes, estaba apoyada por un destacamento de hombres de armas de las provincias de Leon y Galicia.

Por esta parte principió la accion. Los castellanos dando el grito de guerra de "Santiago y San Lázaro," avanzaron contra la izquier-

²² Pulgar, Reyes Católicos, pp. 82, t. II, pp. 404, 405.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 23.—Ruy de Pina, —Faria y Sousa, Europa portuguesa, Crónica del Rey Alfonso V, cap. 190.

da del enemigo, mandada por el príncipe D. Juan; pero fueron recibidos con un fuego de los arcabuceros terrible y certero, que les hizo perder la formacion. Los hombres de armas portugueses los atacaron al mismo tiempo, y aumentaron el desorden, obligándoles á retirarse precipitadamente al desfiladero de retaguardia, en donde, reforzados con algunos destacamentos de la reserva, con dificultad pudieron sus oficiales rehacerlos y volverlos á la batalla. Entre tanto Fernando cerró con el centro enemigo, y la accion se hizo bien pronto general en toda la línea. La batalla se daba con redoblado furor en el punto donde la presencia de los dos monarcas infundia nuevo aliento á sus soldados, que pelearon como si supieran que esta accion iba á decidir de la suerte de sus señores. En el primer encuentro hicieron pedazos las lanzas, y mezcladas luego las haces, combatian los soldados cuerpo á cuerpo con las espadas, y con el furor enardecido por la antigua rivalidad de las dos naciones; de suerte que era la contienda mas bien de fuerza física que de habilidad ²³.

El real estandarte de Portugal fué hecho pedazos, intentando los unos cogerle y los otros conservarle; y el valiente oficial que le llevaba, Eduardo de Almeida, despues de haber perdido, defendiéndole, primero el brazo derecho y despues el izquierdo, le agarró fuertemente con los dientes hasta que cayó á los golpes de los enemigos. La armadura de este caballero se veia aun en tiempo de Mariana en la catedral de Toledo, en donde se conservaba como trofeo de aquella hazaña extraordinaria, que trae á la memoria otra de la misma especie referida en la historia griega.

El anciano arzobispo de Toledo y el cardenal Mendoza, que como su rival habia trocado el báculo por la coraza, se vieron en este dia en lo mas recio de la pelea. Las guerras santas con los infieles perpetuaron en España el indecoroso espectáculo de los eclesiásticos militantes, hasta una época muy moderna, y mucho despues de haber desaparecido del resto de la Europa civilizada.

Por último, despues de un obstinado combate, que duró mas de tres

²³ Carvajal, Anales, MS., año 76.— Reyes Católicos, MS., cap. 23.—La L. Marineo, Cosas memorables, folio Clede, Histoire de Portugal, t. III, pp. 158.—Pulgar, Reyes Católicos, pp. 85 378, á 383.—Zurita, Anales, t. IV, fol. á 89.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, pp. 404, 405.—Bernaldez,